

LA SAETA

SEMENARIO ILUSTRADO

FUNDADOR, D. PEDRO MOTILBA

AÑO XII

BARCELONA 25 DE JULIO DE 1901

NÚM. 557



Se contempla en el espejo y ustedes también la admiran...
y allí admira su hermosura, Digo, á mí se me figura.



CHARLA

o se me ocurre nada con estos calores.

¡Uf!...

Con el permiso de ustedes, me voy á quitar la americana.

¡Vamos, esto ya es otra cosa!

¡Parece mentira que tenga partidarios el verano!

¡Esto no es vivir!

¡Maldito cuello, cómo aprieta! ¡Parece un dogal!

¡Eal! ¡Fuera el cuello y la corbata!... ¡Así!

Lo mejor del mundo es la comodidad...

Pero ¡qué incómodo estoy!

Cuantas más prendas me quito parece que siento más calor.

¡Qué bien estarán los rusos en este tiempo! ¡Quién fuera ruso!

Es decir, según y cómo.

Yo conozco uno muy superior, que á estas horas y con este calor debe estar encerrado en un armario y sin poder salir, como no presenten la *papeleta*.

¡Esto es atroz!

Si ustedes no se molestan me voy á quitar el chaleco.

¡Si hiciera aire en este momento atrapaba la gran pulmonía!

Me soltaré los tirantes.

Bien mirado, no debo pararme en pelillos; estoy solo y puedo quedarme á mis anchas.

Y, á propósito de anchas. Tengo unas babuchas de color escarlata, con dos medias lunas en las caras, superiorísimas.

Me las compré en Orán, cuando estuve huyendo de la justicia por haber compuesto una oda en verso completamente libre...

Voy á ponerme las babuchas.

¡Qué á gusto estoy así! ¡Al diablo estas botas estrechas y fuertes, que parecen castigos de la Inquisición!

¡Bendito y alabado sea el moro que me vendió esta especie de petacas!

De esta manera ya se puede escribir; pues aunque no lo haga con los pies, como es costumbre en el oficio, siempre es bueno tenerlos libres de la tiránica opresión del calzado estrecho.

Es particular, mejor dicho, no es particular, es muy natural que ahora sienta más calor de medio cuerpo para abajo.

Cierren ustedes los ojos, que me voy á quitar los pantalones.

Es cuestión de un momento.

Ya está.

No me miren ustedes, porque debo estar lo más ridículo...

Pero ¡qué demonio!, como decía aquél: *ande yo caliente y riase ta gente*, ó viceversa.

Apuesto á que ya están ustedes esperando que me quite otra prenda.

Los calzoncillos, por ejemplo.

Pues no, señores, no me los quito, porque no los uso. Visto á la inglesa, aunque me esté mal el decirlo.

¡Cuánto darían esos *instantáneos* que andan locos por las calles buscando asuntos, por enfocar ahora á mi personal!

Estoy hecho lo que se llama un tipo.

La flotante y amplia camisa floja, cayendo en artísticos pliegues por ambos lados del sillón de rejilla...

¡Maldita rejilla, y cómo pincha!



Está apuntando al conejo, ya puede andar por el mundo y como le llegue á dar, dedicándose á apuntar.

No, y como siga en la misma posición, voy á salir con un estampado modernista que daría gloria verlo, si no estuviera feo presentarlo.

Bueno. Y ¿ustedes se figuran que tengo menos calor?

Pues se equivocan.

Gracias á que he tenido la precaución de mandar por un *kilito* de hielo artificioso.

Ya no deben tardar en traerlo.

¡Uf! ¡Qué calor!

¡Nada! Ni haciéndome aire con el delantero de la camisa puedo respirar.

Y las cuartillas se me llenan de borrones ellas solas.

¡Dios mío!... ¡Estoy sudando tinta de copiar!

¡Siento venir la asfixia!...

Siento pasos... ¿Será la asfixia? ¡No! Debe ser la chica, que llega con el hielo.

¡Me lo voy á comer todo!

Ha sonado el timbre de la puerta.

¿Salgo? No. La chica no debe verme con el traje de los soldados de *Los Sobrinos*.

Ya abren.

¿Preguntan por mí?

Escuchemos.

—¿Que le entregue este papel?

—Sí, señora. Es la cuenta del sastre.

¡Ya estoy fresco!

JOAQUÍN ARQUES.

MARINERA

¡Qué triste era tu carta!... ¿Me has olvidado?
 ¿Por qué dices que quieres morir? ¡Qué pena!
 Mira: no pienses eso, ven á mi lado,
 y en la playa, tendidos sobre la arena,
 cuando del sol se apaguen los resplandores,
 viendo cómo se agitan las bravas olas
 y recordando juntos nuestros amores...
 te cantaré, bien mío, las barcarolas
 que cantan en el puerto los pescadores.
 Me dices que la ausencia te causa espanto,
 que la muerte prefieres á ese tormento,
 y que, sin duda alguna, de llorar tanto,
 á veces basta el leve roce del viento
 para hacer que á tus ojos se asome el llanto.
 Dices que la nostalgia tanto te aqueja,
 que has dejado en olvido todas tus flores,
 y que cuelgan marchitas entre tu reja,
 como secas guirnaldas de tus amores.
 Dices que te entristeces todos los días,
 porque cuando despiertas por la mañana
 no ves los pajarillos que antes veías
 cantando sobre el marco de tu ventana.

Yo, cuando por la noche sale la luna,
 con la vista lo inmenso del mar abarco,
 y veo muchas aves, pero ninguna
 viene á dormir, como antes, sobre mi barco.
 Le dejo que navegue por donde quiera
 y á merced de las aguas, y siempre á solas,
 se parece mi barco, de esta manera,
 á un cadáver que flota sobre las olas.
 Hasta que los albores del nuevo día
 á dibujar empiezan por lontananza,
 y otra vez á la costa mi afán le envía,
 dejando por estelas, conforme avanza,
 en las olas mi triste melancolía
 y en la espuma pedazos de mi esperanza.
 Y viendo nuestra suerte, desconsolado
 mi corazón, se oprime lleno de pena,
 y con el pensamiento puesto á tu lado,
 en la playa, tendido sobre la arena,
 mientras el sol apaga sus resplandores
 ocultando sus rayos entre las olas,
 con tristeza recuerdo nuestros amores...
 y á lo lejos resuenan las barcarolas
 que cantan en el puerto los pescadores.

JULIO DE HOYOS.

LA SENDA

ERAN las ocho de la noche, acababa de comer en el Inglés y me disponía á ir al Círculo Mercantil á tomar café, cuando me encuentro en medio de la calle Larios, á Rosa, una antigua amiga mía, malagueña de pura raza, que iba luciendo la plétora de gracia que Dios le dió, en unión de su prima Concha, que también tiene plétora por lucir.

Yo conocí á Rosa hace ya algunos años en una freiduría que había en el Pasaje de Chinita, á donde iba yo á diario á comer soldados de Pavía, manjar para mí exquisito en aquella época, porque tenía relaciones con la hija de un comandante retirado y me *tiraba* mucho la milicia.

Una noche se presentó Rosa. Iba á comprar unos boquerones. La vi, y como la muchacha valía y vale hoy aún un mundo y medio, y el sexo débil ha sido siempre mi fuerte, me levanté de mi sitio, cogí un soldado y, dirigiéndome á ella, le dije:

— ¡Aquí hay un militar que está pidiendo una boca de cielo como la de usted, y no está bien que se le haga un desprecio!

— ¡Pues venga... y me lo como!

— ¡Quién fuera Pavía!

— ¿Para qué?

— Pues para eso...

Inútil es decir que, después que la hice entrega de mi soldado, sostuvimos un rato de palique, que fué la base de nuestras relaciones, en las que reinó la más viva intimidad, porque Rosa es una mujer expansiva, que no me ocultaba nada y yo procuraba corresponderle.

Así las cosas, tuve que ausentarme, y no había vuelto á Málaga hasta ayer, después de tres años.

Apenas pensaba en Rosa, porque yo tengo probado que no es precisamente en la ausencia cuando crece más el cariño; pero quiso la suerte ponerla en mi camino, y no era cosa de dejarla pasar sin recordarle la noche del soldado.

— ¡Rosa!

— ¡Paco!

— ¡Concha!

— ¿Tú aquí y no has venido á verme? ¡Anda y que te zurzan!...

— ¡Mujer, si es que acabo de desembarcar! No he hecho más que lavarme, comer y echarme á la calle. De modo que ya ves que la primera visita es para ti.





—No recibo en la calle.
 —Entonces me retiro.
 —Mira: lo que tú vas á hacer ahora mismo, es acercarte á la Plaza de la Constitución á por un coche, y nos vamos á casa. ¡Hoy es el santo de mi comadre y va á haber juerga por todo lo alto!
 No tuve palabras para oponerme y accedí de corazón.

* * *

¡Qué noche, Señor, qué noche!
 Así que llegamos á la casa, una taberna situada á orillas del mar, en el Paseo de la Caleta, tomamos unas cañitas y subimos á la azotea para estar con mayor independenciam.
 Allí estaban ya la comadre de Rosa, sus hijas y unas cuantas personas más, á quienes yo conocía de vista.
 Rosa rompió el fuego bailándose unas sevillanas con todas las de la ley.
 Luego una de las niñas de la comadre, que lucía la clásica y hermosa mantilla de madroños, se *salió* por un tango gaditano, que cantó de un modo admirable y que

bailó, demostrando que tienen mucha gracia las niñas del Perchel y que está muy adelantada la mercería en España.

Finalmente, Concha se cantó, acompañándose ella misma, unas guajiras llenas de sal é incitantes en alto grado.

El mar besaba dulcemente los muros de la casa, y Rosa y yo nos reíamos de la inocencia del mar.

* * *

Amanecía. Yo tenía que estar á bordo muy temprano, y con todo el sentimiento de mi alma me vi obligado á despedirme de aquellas deliciosas mujeres; pero antes de hacerlo quise recordar á Rosa una apuesta que tuvimos la noche en que la conocí.

—¿Te acuerdas, Rosa, de la apuesta aquélla?



La Saeta

Sí; ¡y mucho!

—¿Qué apuesta? ¿Qué apuesta?—preguntaron todos.

—Pues muy sencillo. Ya sabéis que yo tengo un campo muy hermoso y fecundo, única herencia que me dejaron mis padres, y que en mitad del campo hay una senda muy estrecha que conduce á la acequia. El día que Paco me habló de amores, como yo no quería de ninguna manera tratar con un hombre débil y cobarde, quise exigirle una prueba de valor. Mi campo necesitaba mucho riego, y yo le dije á Paco que si se atrevía á pasar, durante la noche, por la senda estrecha, llegar hasta la acequia y abrir la compuerta, podía contar conmigo, y que si no que no me hablase más.

—¡Y la pasé dos y tres veces en una noche, y seguí pasándola mientras estuve en Málaga!

—Sí; pero algunas noches te engañaste.

—¿Por qué?

—Porque creías pasar la senda solo y muchas veces abríamos la compuerta al mismo tiempo.

—¡Bendita seas!

F. CUENCA PI.

Hojas de MI ALBÚM

AMOROSA

Cuando anoche pasé por tu calle
y á la reja te vi, sola y triste,
conteniendo suspiros amargos
de tu corazón,
comprendí que tu pecho lloraba
los desvíos de aquel que adoraste,
y que, ingrato, olvidó sus promesas
de eterna pasión.

Yo también sufro y lloro en silencio,
sin que pueda abrigar la esperanza
de encontrar en el mundo el consuelo
de que he menester.

Yo también por la noche suspiro:
yo también tengo el alma apenada,
y la nento desdenes y agravios
de ingrata mujer.

Y por eso al pasar por tu calle
y encontrarte asomada á la reja,
conteniendo suspiros amargos
de inmenso dolor,
un momento contuve mi paso,
contemplé tu figura arrogante
y dudé si abrigaba en mi pecho
rencores ó amor.

¡Porque ha tiempo que yo te profeso
un cariño tan ciego y profundo,
que, fanático, te he consagrado
en mi alma un altar;



donde á solas te adoro de hinojos,
donde guardo esperanzas mentidas,
donde veo tu imágen amada
reir y gozar!

¡Porque yo, de ilusiones esclavo,
en mis sueños creí verte mía,
y juzguéme feliz en la tierra
y quise vivir:

sin pensar que, tal vez, tu alma fuera
presa en redes de amor más dichoso,
y que entonces tan sólo me resta
el bien de morir!

.....
Y por eso al pasar por tu calle
y encontrarte asomada á la reja,
conteniendo suspiros amargos
de inmenso dolor,
un momento contuve mi paso,
contemplé tu figura arrogante
y dudé si abrigaba en mi pecho
rencores ó amor.

JOSÉ G. ONTIVEROS.

TRIANERAS

Me insolenté con mi madre
porque me habló mal de ti.
Aplaudiste mi descaro
y entonces te aborrecí.

—
¡Te pones una corona
al decir que tus *secretos*
todo el mundo los pregona!

—
Nunca en *ellas* te confíes
aunque las veas llorar.
Cada lágrima que vierten
es una mentira más.

—
Maldigo mi cruel destino;
cuando menos lo esperaba
te interpuso en mi camino.

—
Mira si será embustera
y hará del cinismo alarde,
que al hombre que más la quiso
le llamaba *El mala sangre*

ENRIQUE MOULY.



3.—Para el estreno de esta noche están vendidas todas las localidades del *Teatro Nuevo*. ¡Sí? ¡Pues no trabajo! ¡Que se fastidie la empresa!

TUS OJOS

Con entusiasmo profundo
fui por placer á viajar,
con vivas ansias de hallar
lo más hermoso del mundo.

Y bajo el puro celaje
del reino de Andalucía,
vi tus ojos, gloria mía,
y allí terminó mi viaje.

Porque al mirarlos tan bellos,
no creo hallar en el mundo
ni un abismo más profundo
ni un sol que alumbre como ellos.

A. S. C.



4.—Pero ¡qué cabeza la mía! ¡Si es mi padre el empresario!...

RÁPIDA MODERNISTA

EL cielo de aquella mañana era azul Prusia recién sacado del tubo; el sol se presentaba en el espacio como un inmenso sello de lacre rojo... El firmamento, por lo tanto, parecía un certificado para el correo.

Ella, debajo de un tilo, esperaba que llegara él.

De pronto cruje el ramaje allá á lo lejos, las hojas tostadas que alfombran el suelo producen quejidos rarísimos al ser pulverizadas por unas plantas que pisan fuerte.

Ella se incorpora, estremeciéndose á la vez, y en aquel momento, rompiéndose el fondo de hojarasca, aparece *Napoleón*.

Este es el perro de él.

Ella se deja caer sobre el acolchonado césped, como desalentada y triste.

Napoleón refresca su mano con el hielo de su hocico.

—¡Aun no ha terminado la cacería!— exclama ella.—¡Maldita cacería!

En este momento suena cerca un tiro aparatoso, después otro con menos aparato, y más tarde otro casi de zarzuela chica.

Ella se incorpora otra vez. *Napoleón* ensancha los agujeros de las narices.

Las ramas de los árboles se tronchan con furia, produciendo un ruido singular.

Aquel estruendo se acerca más y más. No hay duda: el venado ha sido herido.

¡Cuántos gritos!

Los árboles siguen siendo desgajados por los cuernos del animal, que trata de escapar de sus perseguidores, arrollando cuanto coge por delante.

Ella está lívida.

El fondo verde se rompe otra vez estrepitosamente...

—¡El venado!— exclama ella.

Y cae desmayada en los brazos de su esposo.

JOTA.

EPIGRAMAS

—Ayer, poetastro, te vi cuando en un bazar estabas, pero absorto te encontrabas cuando pasé por allí.

Varias corbatas veías y largo rato estuviste...

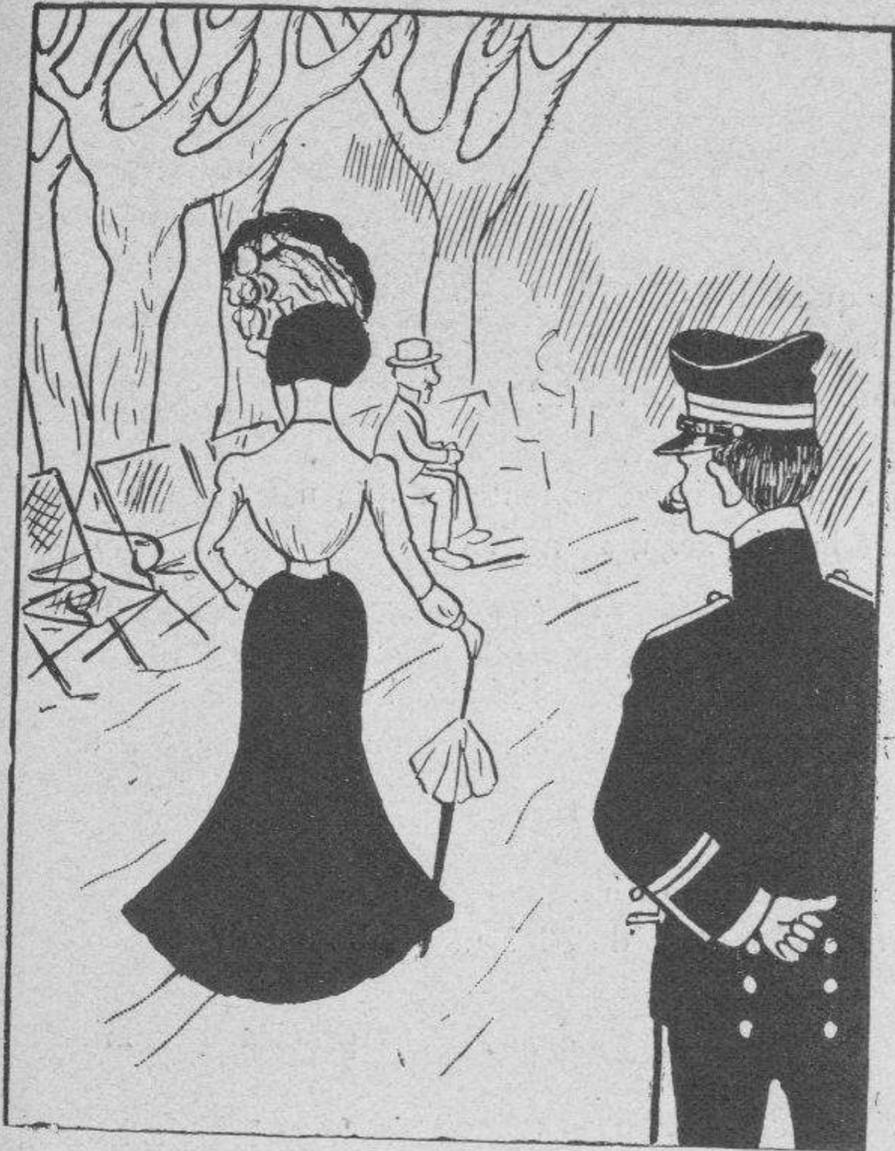
—Hombre, prueba que me viste: ¿qué estaba haciendo? —*Elegías*.

En el hospital entró cierto aprensivo; creía que el cólera padecía, y en cuanto al médico vió: —¡Doctor, que el cólera paso; cúreme usted por favor!— gritó al doctor, y el doctor le miró y no le hizo caso.

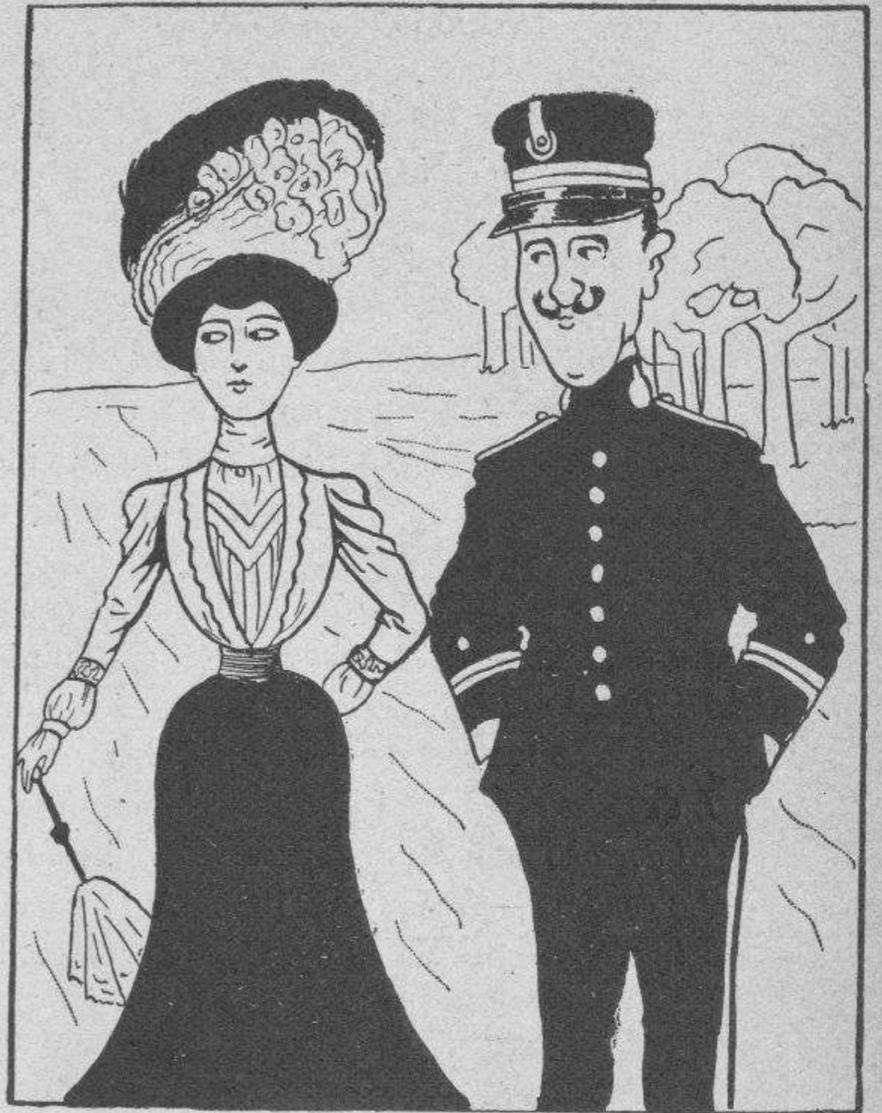
Del mal en cama postrado está, más muerto que vivo, y le tiene á su cuidado un doctor caritativo. No sólo le facilita la salud con sus recetas: cada vez que le visita le lleva cuatro pesetas.

JOSÉ M.^a SOLÍS Y MONTORO.

OSO AHUYENTADO



—¡Vaya una niña bonita!... ¡Yo la sigo!



—¡La Venus de Milo se queda como un tapón de cubo al lado de usted!



—O yo no he visto bien, ó no ha andado del todo mal el timoteo. Le voy á enseñar la cartita, á ver qué cara pone.



—Caballerito, esa *niña* que á usted le ha trastornado, es mi señora. Yo, como ve usted, soy también artillero; de modo que con mi artillería tiene bastante.

CONSULTAS PRINCIPIO DE SIGLO

LA condesa de Casa-Pérez entra en el despacho del doctor Castaña.

El doctor.—¡Tanto bueno por aquí, condesa!

La condesa.—No tan bueno como parece, doctor.

El doctor.—¡Cómo! ¿Querrá usted hacerme creer que con esa cara...?

La condesa.—La verdad es que no tengo ninguna enfermedad.

El doctor.—Entonces aseguro á usted la curación. ¿De qué se trata?

La condesa.—Quiero ir á tomar aguas.

El doctor.—Yo siempre prefiero tomar vinos; pero no veo inconveniente en que usted vaya...

La condesa.—¿Adónde? Esta es la cuestión, pues han de ser unas aguas que en realidad no sirvan para nada...

El doctor.—¡Bah! La única dificultad consiste en elegir...

La condesa.—¡Poco agradecerán esa opinión los dueños de establecimientos!

El doctor.—Además, cuando se va á tomar aguas con una salud como la de usted, se toma todo... menos las aguas. Pero ¿qué idea...?

La condesa (ruborizándose).—No me pregunte usted...

El doctor (sonriendo).—¡Comprendo! Padece usted... del corazón...

La condesa.—Es muy posible... Así opina Adolfo..., el marido de Eloísa... ¿Sabe usted?

El doctor.—¡Sí! Ya estoy. Conque ¿es él...?

La condesa.—Pero precisa que mi marido...

El doctor.—¡Quiere usted callar!... ¡Y el secreto profesional!...

La condesa.—Conque ¿adónde parece á usted que puedo ir?...

El doctor.—¿Desea usted un sitio solitario ó un punto de reunión de la buena sociedad?

La condesa.—Prefiero lo segundo, porque, cuando se necesita la soledad, aun cuando haya concurrencia, siempre existen medios de...

El doctor.—Entendido. Entonces... ¿Le agrada á usted Vichy?

La condesa.—No hay inconveniente. Quedamos en que usted dirá á mi esposo que, bajo las apariencias de una salud robusta, oculto el germen de una enfermedad peligrosa, para la que necesito las aguas de Vichy.

El doctor.—Así lo haré.

La condesa.—¡Es usted el colmo de la amabilidad y la perla de los médicos!

El doctor.—¡Siempre á sus órdenes, condesa!... ¡Cuánto envidia á su marido... digo, al marido de Eloísa!...

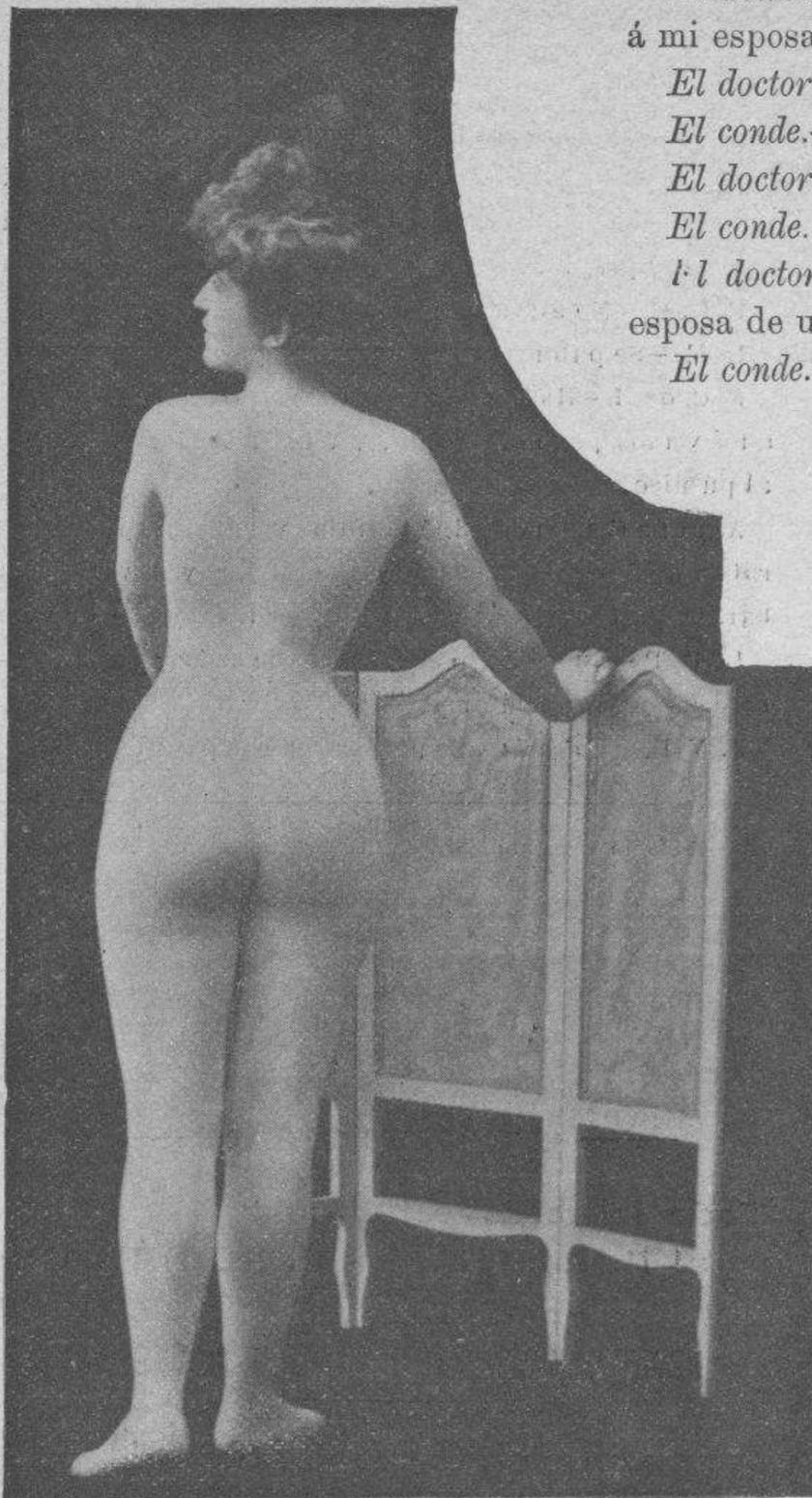
Una hora después acude á la consulta el conde de Casa-Pérez.

El conde.—Buenas tardes, doctor.

El doctor.—¿Qué tal va esa salud?



M. LARROBIREU (NOTABLE COUPLÉTISTA)



—De espaldas estoy muy bien,
y de frente no estoy mal.
En el número que viene
me volveré, y ya verán.

El conde.—Perfectamente... ¿Cómo ha encontrado usted á mi esposa?

El doctor.—¡Ah!

El conde.—¿Cree usted...?

El doctor.—¡Oh!...

El conde.—Pero...

El doctor.—No hay que fiarse de las apariencias... Su esposa de usted necesita tomar aguas...

El conde.—No lo creo.

El doctor.—Aseguro...

El conde.—Sé perfectamente lo que necesita mi mujer: un poco de libertad para... para oír ciertas historias que tiene que contarle Adolfo... el marido de Eloísa; ¿sabe usted?

El doctor.—¡Oh!

El conde.—Y es el caso que á mí no me viene mal ese capricho, porque precisamente yo también he de ir á contar algunos cuentos á Eloísa... la esposa de Adolfo...

El doctor.—¡Ya!

El conde.—Y ¿qué establecimiento de baños ha recomendado usted á mi mujer?

El doctor.—Vichy.

El conde.—¡Ah! ¡No!... ¡Nada de Vichy!

El doctor.—¿Por qué?

El conde.—Porque precisamente es el punto que ha recomendado á Eloísa su médico... ¡En buen conflicto nos ha metido usted!... ¡Creo que merecía la pena de consultarme!... ¡O soy ó no soy el marido!...

El doctor.—¡Quién había de pensar...!

El conde.—Y ¿qué haremos ahora?

El doctor.—¿Quiere usted creerme? Vayan ustedes cuatro á Vichy... Eso será delicioso... Cada pareja temerá que la otra la sorprenda en lo más interesante de su cuento... Y como no hay... narrador tan infatigable que no se canse al cabo de un mes de... charlar, por ambas partes renacerá el amor conyugal... y todo se habrá salvado... ¡Hasta la moral... del siglo xx!

DON SEBASTIÁN.

UNA FRASE

A la orilla del Ebro
varios baturros
hablaban de la extraña
suerte de algunos
que de improviso,
siendo pobres, muy pobres,
se vuelven ricos.
Cada cual emitía
sus opiniones,
y ya se hallaban casi

todos conformes
en que no hay nadie
que se haga poderoso
por malas artes,
cuando dijo de pronto
el más anciano,
á quien nadie había visto
ni abrir los labios:
—Sois unos tontos:
si no veis, ¿de que os sirve

tener dos ojos?
Decidme: cuando el Ebro
viene crecido
y al salirse de madre
con invadirnos
nos amenaza,
¿lo habéis visto que crezca
con agua clara?

FEDERICO MUÑOZ



—¡Uf! ¡Qué calor!

Correspondencia

F. G. G.—Los «Confetti» no me han resultado. Guardo las cuartillas para lo mismo: para hacer *confetti*.

V. J. R.—Valencia.—Recibidos los pasatiempos, y se publicarán cuando les toque en suerte.

A. F. C.—Valladolid —Me han gustado las dos composiciones, que serán publicadas lo más pronto posible. Mande algo en prosa y procure que el asunto no sea tristán.

UNA GRAN SUCIEDAD, un gran abandono indican los dientes negros y sarrosos por no usar el *Licor del Polo de Ori-ve*. Por esto se halla en todo tocador. 6 reales frasco.

A. R. D.—«Historia de un rosal» me resulta un artículo algo ñoño. Además, el asunto no es nuevo ni mucho menos.

V. G.—¡Ni esos son versos, ni cantares, ni nada! Y al á va una muestra:

«Fue tanto lo que te quise
que un cielo formé en mi mente,
Era yo Adán, tú eras Eva;
y *aquel* era la serpiente.»

¿Quién es aquél? Pues no lo veo por más que miro. Al único que encuentro es usted, convertido en *Adán*. Esto si está muy propio.

F. L. C.—No están mal sus «Cañitas». Se publicarán.

L. R.—Se publicará el soneto.

F. C. de H.—Hace usted muy bien en llamar «Tontería» á los versos que ha remitido... Y las *tonterías* no se dan al público.

AGUA DE COLONIA de fino perfume y baratura incomparable, no hay otra que la de Orive. Mejor y 4 veces más barata que las extranjeras. Desde 3 rs. frasco Litro 4 ptas.

L. R. P.—Su «Soneto» se *sale* algo de *madre*; pero procuraré complacerle publicándolo.

J. V. L.—Valencia.—Se publicarán sus pasatiempos.

Prohibida la reproducción de los originales de este número

LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

Toda la correspondencia
al Administrador D. ROMÁN GIL

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, BALMES, 86

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

España y Portugal, semestre.	6 pesetas.
Año.	11 »
Extranjero y Ultramar, un año.	17 »
Número corriente, 20 céntimos.	

Número atrasado, 30 céntimos.

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes.—Pago adelantado.

Establecimiento tipográfico de B. Baseda, Villarroel, 17 —Barcelona



Inofensivo, suprime el Copáiba, la Cubeba y las inyecciones. Cura los flujos en

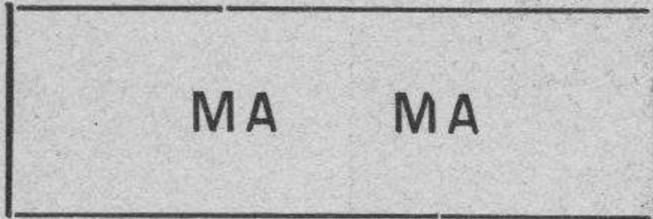
48 HORAS

Muy eficaz en las enfermedades de la vejiga; Cistitis del cuello, Catarro de la vejiga, Hematuria. Cada Cápsula lleva el nombre 

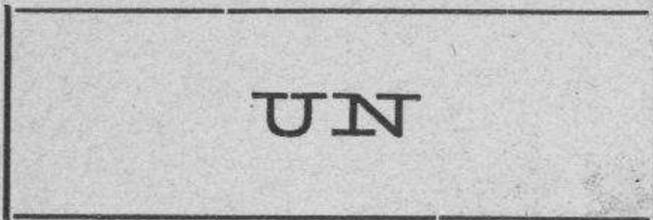
PARIS, 8, rue Vivienne, y en las principales Farmacias.

Jeroglíficos comprimidos

I



II



E. BERNABÉU TORREGROSA.



—¿Me da usted una limosnita para una libra de pan?
—Ahora estoy muy ocupado con la gran cuestión social.

Logogrifo numérico

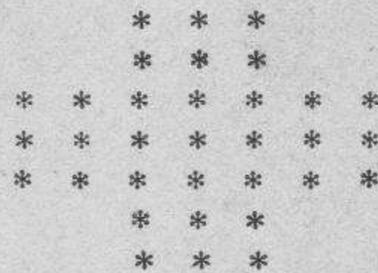
- 1 2 3 4 5 6 7 8 9 Profesión (plural).
- 8 7 6 1 2 3 4 2 Monja.
- 2 3 1 6 3 7 8 Profesión.
- 3 7 1 2 5 0 Hijo de Roma.
- 1 2 3 4 2 Nombre de mujer.
- 1 7 5 7 Animal cuadrúpedo.
- 3 7 5 Bebida.
- 5 7 Adverbio de negación.
- 5 Consonante.

RICARDO DASÍ.



—¡Adiós, pichón! Ya han tocado á misa primera y habrán abierto la iglesia.
—¡Adiós, pichona! Ya son las seis, y estará abierta la taberna.

Cruz latina



Substituir las estrellitas por letras, de modo que leído horizontal y verticalmente, resulte: 1.º, drama; 2.º, nombre de varón; y 3.º, oficial de un barco.

PEDRO JUAN GUILLEM.

Soluciones á lo insertado en el núm. 5 & 6

CHARADA.—Redondo.
JER' GLÍFICO COMPRIMIDO.—Entregaremos.
LOGOGRIFO NUMÉRICO.—Folguerina.
CRUZ LATINA:

```

B C
E A
R T
B E R N A R D O
C A T A L I N A
R I
D N
O A
    
```

TARJETA.—Los amantes de Teruel.
CUADRADO:

```

R I T A
I R I S
T I L A
A S A R
    
```



De C. Pla, para anuncio de corridas de toros
(n.º 227 del catálogo)



RP

Miscelánea

Tenemos el gusto de advertir á nuestros lectores que doña Sebastiana Sola tiene á su cargo la corresponsalia de las siguientes publicaciones: *Heraldo de Madrid, El Pais, El Nacional, La Lidia, La Caza Ilustrada, Arte y Letras, y Heraldo Taurino.*

Dirigirse al kiosco de la Rambla, número 3.

COCINA CÓMICA

Plato barato

Recoges con la mirada lo más bueno del mercado, lo guardas en la memoria, y así lo vas preparando. Buscas después una tienda que vendan pan bueno y blanco; en la puerta te colocas, te pasas allí un buen rato, y cuando estés satisfecho de comer lo imaginado, te limpias la dentadura, pides fósforo y cigarro, y te marchas á tu casa, de seguro, bostezando.

J. A.

En una fonda:

- ¡Camarero!
- ¡Señorito!
- Tráeme un plato de habas.
- No las hay en casa.
- ¿Pues no dicen que en todas partes cuecen habas?

Un pobre diablo cuenta sus últimas desgracias:

- ¡Tengo una suerte negra!
- ¿De veras? ¡Hombre!
- Como usted lo oye. Figúrese usted que llevaba dos días sin probar bocado, y ya en el colmo de la desesperación, decidí arrojarme al río... Un barquero me salvó de la muerte pescándome como á un atún. ¿Sabe usted lo que ocurrió? ¡Pues al barquero le regalaron veinticinco pesetas por salvarme y, á mí... ni un céntimo!

Gedeón quiere dar una lección de Geografía astronómica á su hijo.

Estando subidos en lo alto de una montaña, Gedeón extiende el brazo y dice:

— Siempre que veas allí lejos esas nubes en sábado, al otro día...

— ¿Qué?

— Es domingo.

En una reunión:

— ¡Para suerte, la mía! decía don Hilarión.— Figúrense ustedes que el año pasado compré un bastón: voy á Archena, y me lo dejo olvidado. Pues bien: al volver este año...

— ¿Encontró usted el bastón?— preguntan todos con curiosidad.

— No, señores: ya no estaba.

En una fonda:

— Es la primera vez que me sirves un pedazo de carne tierna.

— ¡Mecachis!... ¡Era para el año y me he equivocado!

— ¡Ya decía yo!

En un tribunal:

— ¿Ha forzado usted la puerta para entrar en casa de su víctima?

— Sí, señor presidente.

— Hubiera usted podido llamar á la puerta y tal vez le habrían abierto sin desconfianza.

— Tiene V. S. razón, y muchas gracias por el consejo.

NOTA CÓMICA



Al ver la gente sencilla la revista militar, exclama sin darse cuenta:

— ¡Jesús, qué guapos que van!

(Sigue en la penúltima página)